

vuestras infidelidades todas, y alcanzareis misericordia. Si así lo haceis y al mismo tiempo que practicais la penitencia como virtud, la practicais también como Sacramento, es decir, os purificais por medio de la Confesion sacramental de la que hablaremos mañana, alcanzareis ciertamente el perdón por graves que sean vuestras faltas, pues que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva.

Poned vuestra vista en Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fé, que es nuestro modelo. ¿No fué su vida entre los hombres un perfecto modelo de penitencia? Impecable por naturaleza, quiso sufrir y padecer por el pecado del hombre, al que redimió con la efusion de su preciosa sangre. Empezó á padecer desde su nacimiento segun la carne hasta espirar en el patíbulo de la Cruz. Los miembros deben conformarse á la cabeza, y corresponden miembros delicados á una cabeza coronada de espinas. Es imposible ser cristianos sin ser penitentes.

El mundo, señores, es enemigo declarado de la penitencia, y muchos cristianos dando oídos á la fatal enseñanza de los que quieren formarse un Evangelio á su manera y segun sus caprichos, creen que no tienen necesidad de hacer penitencia. Nada más comun que oír estas palabras: «¿De qué he de hacer penitencia, si no he hecho mal á nadie?» Verdad es que la penitencia debe ser proporcionada á los pecados cometidos. Yo convengo en que no habreis caído en esos horribles crímenes que hacen resentir á la sociedad: no habreis teñido en sangre vuestras manos: no habreis causado la ruina de alguna persona por medio de la calumnia: no habreis cometido horribles sacrilegios. ¿Pero son estos los

solos pecados de que Dios ha de tomar cuenta á las criaturas? ¿Y los pecados de omision? ¿No habeis dejado de practicar la caridad? ¿No habeis faltado á vuestros deberes religiosos? ¿No habeis sido descuidados en la cristiana educacion de vuestros hijos? A más de esto, ¿habeis sido sufridos en vuestras adversidades y pacientes en vuestras enfermedades? ¿No habeis jamás murmurado de la Providencia, porque no os ha colocado en el puesto ó situacion que anhelaís? ¡Ah! Que si registráis los senos de vuestra conciencia, si traéis á la memoria toda vuestra vida pasada, encontrareis grandes faltas de las que se ha de tomar cuenta en el día del juicio. ¿Deseáis que el Señor vuelva hácia vosotros sus ojos misericordiosos? Pues oid sus palabras: «Convertios á mí, dice por un Profeta, y yo me convertiré á vosotros. *Convertimini ad me in toto corde vestro, et convertar ad vos* (1)» No desoigamos por más tiempo las palabras de Jesucristo, que tal vez sea la última vez que nos las dirija: «Si no haceis penitencia, perecereis todos del mismo modo: *Nisi penitentiam egeritis omnes similiter peribitis.*» Y ya que hemos demostrado cuán necesaria nos es la penitencia, veamos ahora cuán fácil es practicarla en todos los estados de la vida.

SEGUNDA PARTE.

Es una verdad innegable que la penitencia no solo borra los pecados sino que puede hacer llegar al hombre al más alto grado de santidad. Siempre y en todo tiempo, pero principalmente desde la ley de gracia

(1) Joel, cap. I. Zach. cap. I.

se ha complacido el Señor en hacer ostentacion de su misericordia á favor de los pecadores, haciendo muchas veces de ellos santos que han sido un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres. Pedro tuvo la debilidad de negar por miedo á Jesucristo, y Dios hizo de él el Príncipe de los Apóstoles. Saulo fué un terrible perseguidor de la Iglesia, y Dios le hizo vaso de eleccion y Apóstol y Maestro de las naciones. Agustin estuvo matriculado en la escuela del error, siendo sus costumbres corrompidas, pero Dios vió su arrepentimiento, aceptó su penitencia é hizo despues de él uno de los más célebres doctores de la Iglesia, que combatiendo la heregia de Pelagio, se hizo acreedor al título de defensor magnífico de la gracia. ¿Qué fué Santa Pelagia antes de su conversion? ¿Qué fué San Franco? ¿Qué fueron otros muchos de los que hoy veneramos en los altares? Públicos pecadores, que habian apurado hasta las heces la ponzoñosa copa de los placeres y deleites mundanos. Pero de estos pecadores hizo el Señor austeros anacoretas, perfectos religiosos, ejemplares de mortificacion y de penitencia.

Ahora, os preguntaré: ¿Lo que Dios hizo con esos grandes pecadores no podrá tambien hacerlo con nosotros? Si como ellos lloramos nuestras pasadas infidelidades; si como ellos hacemos penitencia ¿no podremos tambien alcanzar misericordia y hasta ser santos? No está ciertamente el Señor menos interesado en nuestra salvacion que lo estuvo en la de aquellos.

Me parece sin embargo, oir á algunos que quieren contestarme: Nosotros estamos arrepentidos de nuestros pecados, pero no podemos hacer esas penitencias, no podemos retirarnos á un desierto á mortificar nues-

tra carne, porque tenemos que atender á nuestros cuidados domésticos. El demonio, interesado en la perdicion de las almas, os hace discurrir de ese modo. ¿Quién os ha dicho que para hacer penitencia por los pecados cometidos es necesario volver las espaldas al mundo, abandonar la familia, y sepultarse en los desiertos ó en los claústros? ¿Quién os ha dicho que no sea fácil hacer penitencia en el seno de la sociedad? Es aspirar á la perfeccion, el seguir los consejos de Jesucristo, dejándolo todo, y hacer una vida de anacoreta, en la mas sublime contemplacion y en las mas rigorosas penitencias: para esto llama el Señor á ciertas y determinadas almas, destinadas á servir de modelo en el mundo.

Pero no digamos tan solamente á la santidad esencial que consiste en el cumplimiento exacto de los deberes de cada uno, sino aun á la santidad heroica puede llegarse en medio de la sociedad y rodeado de cuidados. Fijad vuestra vista en San Fernando rey de España. ¿Necesitó por ventura para ser santo, renunciar el trono y retirarse al desierto? No: cumpliendo con las obligaciones de un buen monarca, ejerciendo la justicia, defendiendo la fé, combatiendo con el mayor denuedo contra los sectarios del falso profeta de la Meca, dando á sus vasallos ejemplo de religiosidad, y procurando en todo la mayor honra y gloria del que es Rey de reyes y Señor de los que dominan, consiguió llegar á un alto grado de santidad, conquistándose un trono en la Gloria.

A este modo, M. A. O., si abris los fastos de la historia de la Iglesia, hallareis mil y mil ejemplos que os convencerán de lo fácil que es santificarse en todos los estados. Cosme y Damian en el ejercicio

de la medicina encontraron el medio de santificarse en la práctica de la caridad. Crispin en la humilde banquilla de zapatero, así como Focas entre los hortelanos, é Isidro en el noble ejercicio de la labor, supieron conquistar el cielo. Los trabajos á que tenían obligación de dedicarse no les sirvió de rémora ú obstáculo para practicar las virtudes y ejercer la penitencia. A vista de estos ejemplos, ¿os escusareis aun, diciendo que os es difícil hacer penitencia para satisfacer por vuestras culpas? ¿qué os puede evitar el que ayuneis? ¿qué obstáculo puede impedir os el mortificar vuestra carne, privándoos de ciertas comodidades y pasatiempos aunque sean lícitos? Decid mejor que os falta voluntad ó que mirais con indiferencia un asunto de tamaña importancia. Pues sabed que Dios no deja pecado alguno sin castigo: es preciso que el pecador penitente se sentencie á sí mismo á la pena que merece, ó que Dios agregándose al hombre le castigue (1).

La penitencia obra siempre en el penitente prodigios extraordinarios y maravillosos, porque atrae sobre él gracias de santidad, como hemos visto en los ejemplos antes citados, de tal modo, que como dice San Pablo, donde abundaba el pecado, la gracia se hacia sobreabundante (2). ¿Y por qué? Porque de este modo quiere recompensar el Señor la fidelidad del pecador en seguir sus llamamientos: Porque fuiste fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho; entra en el

(1) Delictum sine ultione non deserit Dominus; aut enim ipse homo penitens punit, aut Deus cum homine vindicans punit. D. Greg. lib. 9, Moral. c. 17.

(2) Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia. Ad Rom. capítulo V, v. 20.

gozo de tu Señor (1). Además, por la penitencia, Dios comunica al alma una paz y un reposo admirable. El pecador no puede vivir tranquilo, ni encontrar verdadero reposo por mas que trate de buscar distraccion entre los deleites mundanales: los remordimientos de su conciencia le atormentan y le hacen experimentar un continuo disgusto. Se arrepiente de su mala vida, vuelve al camino de la rectitud, y sin embargo su pecado está siempre contra él, y teme con razon el caer en las manos del Señor, y no puede menos de reconocer la necesidad de hacer penitencia, que como dice San Ambrosio, es tan necesaria al que ha pecado, como los medicamentos á los que están heridos (2). En pos de la penitencia viene el reposo y la tranquilidad, y el cristiano que la practica cree hallarse en una nueva y superior esfera. Agustin se convierte, hace penitencia, llora amargamente sus pecados y no puede menos de admirarse al contemplar la tranquilidad y la libertad de su espíritu. ¿Qué pasa por mí? esclama, ¿qué mudanza experimento desde el momento en que se han roto mis cadenas? Yo creia que era imposible vivir sin los placeres del mundo, y ahora veo que las verdaderas delicias están en las virtudes y en la penitencia. Ahora puedo decir lo que antes dijo Job: «Lo que para mí era antes insípido, ahora es mi mas regalado alimento.»

Vosotros los delicados, que no podeis soportar la mas mínima penitencia, fijad vuestra vista en los cristianos de los primeros siglos. Abstinencias rigurosas,

(1) Quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium Domini tui. Math. cap. XXV, v. 23.

(2) Pœnitentia necessaria est sicut vulceratis sunt medicamenta. D. Ambr. Epist. ad Virg. Capsam.

ayunos frecuentes, largas vigili-
as, penosos trabajos; estos eran sus cotidianos ejercicios. Observad los solitarios y anacoretas: su morada eran las oscuras cavernas, donde sufrían el rigor de todas las estaciones, estando muertos á sí mismos y vivos solo para Dios: allí pasaban las horas en la mas fervorosa oracion, que acompañaban con las mas amargas lágrimas y rigurosas penitencias que practicaban hasta el último dia de su vida. Pasaron aquellos siglos en los que ser cristianos era ser santos. Pero el fuego de aquella primitiva caridad fuese enfriando progresivamente, en términos que generalmente hablando y con honrosas escepciones, solo se ven falsos penitentes: hombres que quieren aparecer buenos y mortificados á presencia de las gentes, pero que en realidad ni son buenos ni se mortifican.

No os hagais funestas ilusiones, amadísimos hermanos: Si no haceis penitencia, perecereis todos de la misma manera. Lo ha dicho Jesucristo y primero que su palabra, faltarán los cielos y la tierra. O hacer penitencia para expiar los pecados ó renunciar á la salvacion, porque de no hacerlo estais espuestos á ser de nuevo arrastrados por el pecado. Y ya que habeis visto tanto la necesidad de la penitencia, como lo fácil que es hacerla en todos los estados, ¿tendreis por ventura escusa que presentar ante el tribunal de Dios? Temed que se levanten contra vosotros los Ninivitas que prontos y dóciles á la voz del Profeta, hicieron la penitencia mas rigurosa desde el monarca hasta el último de sus vasallos, y no contentos con esto, hicieron ayunar hasta las mismas bestias. A vosotros os llama Dios sino por la voz de otro Profeta, por el ministerio de este su indigno ministro. No desperdiciéis

este tiempo aceptable: no dejeis pasar estos dias de salud como les llama el Apóstol, y procurad que no sea perdida para vosotros la sana y santa doctrina que escuchais en esta mision. ¿Deseais salvaros? ¿Deseais que se derramen sobre vosotros las misericordias divinas? ¿Aspirais á la posesion del cielo? Pues bien: haced penitencia: resolveos de una vez á imponeros penas por vuestros pecados, y en prueba de que os decidís á hacerlo así postraos ahora al pié de los altares y con un corazon contrito y humillado esclamar: *Señor mio Jesucristo, etc.*